

CAPÍTULO OCHO

Valor Humilde, no Oscurantismo Arrogante

Greg L. Bahnsen

Es una pena que los eruditos, apologistas y filósofos Cristianos se hayan olvidado tan a menudo de hacer un estudio detallado del libro de Proverbios en sus intentos por exponer y trabajar a partir de una epistemología (teoría del conocimiento) Bíblica. El libro abunda en alusiones y referencias a la sabiduría, la instrucción, la necedad, el entendimiento, etc. Proverbios ciertamente que puede ayudarnos en el desarrollo y elaboración del enfoque presuposicional del conocimiento que se ha discutido previamente en nuestra serie.

En el último estudio escuchamos tres argumentos comunes que se dirigen contra la posición del presuposicionalismo Bíblico. El primero era que éste equivalía a arrogancia y orgullo intelectual. Requiere que cada pensamiento, sin quedar por fuera uno solo, sea traído a la obediencia a Cristo, pues de otra manera lo que resultará será una ignorancia necia. Enseña que los hombres que no comiencen con el temor de Dios no pueden alcanzar un conocimiento genuino acerca de cualquier cosa. Critica la actitud de neutralidad por parte de la erudición hacia la palabra de Dios. En la batalla con la incredulidad demanda una entrega *incondicional* por parte de los no-Cristianos y lamenta la claudicación por parte de pensadores Cristianos quienes quisieran tomar un enfoque más “razonable” o “tolerante.” Ahora, se pregunta, ¿qué podría generar tal visión tan rigurosa excepto la valoración indebida de los pensamientos y habilidades propias? ¡Una auto-estima impresionante!

¿Cómo ha de responder el presuposicionalista? ¿Debe él defender la arrogancia oscurantista? ¿O debe confesar que se ha acercado peligrosamente al abismo del auto-engrandecimiento? Se han seguido, de diferentes maneras, ambos enfoques en los círculos Cristianos en los años pasados. Ambos han perjudicado el testimonio Cristiano, uno fallando en evidenciar el fruto Espiritual requerido y apropiado, el otro fallando en establecer el rigor pleno y apropiado del pensamiento escritural. La sabiduría de Proverbios puede guiarnos entre estos dos extremos desafortunados. Leemos en Proverbios 15:32-33,

El que tiene en poco la disciplina menosprecia su alma; mas el que escucha la corrección tiene entendimiento.

El temor de Jehová es enseñanza de sabiduría; y a la honra precede la humildad.

Necesitamos concentrarnos en ambas realidades presentadas en este pasaje.

Primero, el Cristiano debe en verdad ser valiente y audaz en su desafío hacia las epistemologías de la incredulidad y la de claudicación. El hombre que no escuche la corrección en la que se le requiere estar sometido al Señorío de Cristo en el ámbito del pensamiento, ese hombre está menospreciando su propia alma. El Cristiano debe testificar de manera consistente a tal pensador de que el entendimiento es, en realidad, solamente posible cuando se hace caso de la corrección del evangelio. Al hacer concesiones frente a los estándares de la incredulidad o frente a los métodos en el ámbito del pensamiento es

hacer un grave perjuicio a las necesidades de aquellos con quienes hablamos: el estar dispuesto a asumir una posición de neutralidad conducirá a cualquier cosa *excepto* a la salud espiritual de nuestros oyentes. Los hechos deben ser presentados sin vacilación: el razonamiento que no esté edificado sobre la presupuesta palabra de Cristo es conducido hacia la necedad intelectual y hacia la muerte espiritual. La corrección y la amonestación de la Escritura no pueden ser diluidas.

El erudito Cristiano, tanto como cualquier creyente en la obra redentora y Señorío de Cristo, debe comunicar a aquellos con quienes se contacta que el arrepentimiento y la fe son requeridos por Dios. El erudito Cristiano debe ser valiente en esto, “derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios” (2 Cor. 10:5). Al defender la fe debe ser firme en proclamar “sea Dios veraz y todo hombre mentiroso” (Rom. 3:4). Les debe señalar, a aquellos que no presupongan la verdad de la palabra de Dios, que sus mentes necesitan ser renovadas (Efe. 4:23). Debido a que viven en *ignorancia*, tales hombres se deben *arrepentir* (Hechos 17:30) – deben mostrar un “cambio de mente” (como sugiere la palabra Griega para “arrepentimiento”) y una re-orientación. El arrepentimiento es *hacia la fe* (e.g., Mat. 21:32) y el creer *o fe precede al conocimiento* (2 Pedro 1:5). El sendero de la ignorancia hacia el conocimiento es recorrido por la fe que ha experimentado el arrepentimiento. El presuposicionalismo, en verdad, debe ser presentado *audazmente* en el ámbito del pensamiento, sin disculpas por la firmeza de sus demandas.

Sin embargo, hay una segunda realidad en el pasaje de Proverbios antes citado. El no-presuposicionalista debe no solo recibir la corrección y amonestación de la palabra de Dios (a saber, que el principio de la sabiduría es el temor del Señor), sino que el erudito Cristiano, quien presupone la verdad de la Escritura en sus esfuerzos intelectuales, debe estar totalmente consciente de que su sabiduría *no le es propia de manera inherente* sino que descansa completamente en el temor del Señor. Sin esa reverencia, el erudito Cristiano sería tan necio como todos los demás hombres. Su sabiduría no se debe a una habilidad mental o profundidad de percepción superiores; en lugar de ello le ha sido dada por Dios. Señalamos antes que el arrepentimiento y la fe son requisitos para el conocimiento. El Cristiano, quien posee un conocimiento de la verdad, lo posee solo porque la fe le ha sido dada como un don (Efe. 2:8-9) y le ha sido otorgado arrepentimiento por parte del Señor (Hch. 5:31; 11:18). Para poder tener fe debes ser *nacido de Dios* (1 Juan 5:1) quien provee arrepentimiento para un conocimiento genuino de la verdad (2 Tim. 2:25). El Cristiano se halla en una posición de conocimiento solo por la gracia de Dios. Su renacimiento espiritual no es algo que venga de sí mismo sino únicamente el resultado de la misericordia de Dios (Ezeq. 11:19-20; Juan 1:13; Rom. 9:16). Esta regeneración llena de gracia le ha conferido una mente nueva.

En verdad, como Pablo enseña, el Cristiano recibe las cosas del Espíritu únicamente al ser transformado de la hostilidad natural a la sumisión gozosa. El creyente tiene ahora la “mente de Cristo” en lugar de la mente necia del hombre natural (1 Cor. 2:16 en contexto). Esta es la fuente de su sabiduría y conocimiento; el honor de conocer la verdad brota de la gracia inmerecida de Dios. Por lo tanto, al erudito Cristiano le corresponde la humildad. En Filipenses 2, donde Pablo nos exhorta a tener “la mente de Cristo,” continúa describiéndonos a este Cristo como uno que “se humilló a sí mismo.” Así pues, Proverbios nos enseña que antes de tal honor, en lo que respecta a la instrucción de la sabiduría – antes de tal sabiduría que descansa en el temor del Señor – viene la *humildad*. El erudito

Cristiano no tiene nada de qué jactarse en sí mismo. Debe ser humilde ante el mundo, reconociendo que su conocimiento depende de la obra de Dios, llena de gracia, en él.

Por tanto, la epistemología presuposicional demanda dos actitudes. Ambas actitudes son inherentes a la misma posición. Primero, el presuposicionalista debe ser *valiente* y audaz, pues el conocimiento es imposible si se deja de presuponer la verdad de Dios. Segundo, debe ser *humilde*, pues la razón por la cual presupone la verdad de Dios (y la única razón por la cual cualquier hombre puede llegar a tal presuposición) reside solo en la gracia de Dios. El temor del Señor es fundamental para la sabiduría, y por lo tanto el sabio ha de ser humilde. Entonces, el erudito Cristiano debe evidenciar una *valiente humildad* en su confrontación con otros en el ámbito del pensamiento.

Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazónada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno (Col. 4:5-6).